

Los nombres propios

Los nombres propios
MARTA JIMÉNEZ SERRANO



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright © MARTA JIMÉNEZ SERRANO, 2021
Autora representada por THE ELLA SHER LITERARY AGENCY,
www.ellasher.com

Primera edición: 2021

Imagen de portada
© LARA LARS

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2021
América 109
Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
GRAFIME

Impresión
COFÁS

ISBN: 978-84-18342-25-7
Depósito legal: M-275-2021

Impreso en España

Para mis padres, que un día quisieron que yo existiera.
Y para Juan, que lo quiere todos los días.

Huelga decir que lo que estoy a punto de describir no tiene existencia real. [...] *Yo* no es más que un término útil para referirse a alguien que no existe.

VIRGINIA WOOLF

BELAUNDIA FU

Te miras los pies, que son pequeños, pero a ti no te parecen pequeños: te parecen simplemente tus pies. Los llevas despacio hasta el borde del trampolín azul, descolorido por el sol. Los juntas. Das un pasito más y tus dedos, que son pequeños, sobresalen y se quedan en el aire, asomándose a la piscina brillante. Pero por qué iban a ser pequeños, si son simplemente tus dedos. Miras al frente y el sol te hace fruncir el ceño. Tienes la piel seca; seca y morena, y solo llevas puesta una braguita de bañador con volantes y estampado de cerezas que está descolocada y enseña una nalga blanquísima. Al fondo, el césped, que también está algo seco. Los aspersores. El cielo, brillante como la piscina y azul como el trampolín. El calor intenso. El silencio tan poco habitual.

Te imaginas que llevas un bañador rosa de cuerpo entero, como los de las mayores. Te pasas las yemas de los dedos por el pecho plano y la tripa y el ombligo, y te lo imaginas: un bañador como los de las mayores. Te apartas el pelo de la cara. Abres los ojos y vislumbras a la grada levantándose, eufórica, aplausos, aplausos y más aplausos. Aplauden con sus manos grandes, grandes como lo serán las tuyas algún día, como deberían llegar a serlo, porque la gente crece y al crecer ellos les crecen también las manos.

Te tiras a la piscina.

Atraviesas el agua de golpe. Te pones tú también un poco azul y un poco brillante. Se te empapa la piel y el pelo se te esparce como si estuviera hecho de un material distinto. Tu pelo. Es liso y suave, y mamá intenta hacerte dos coletas, pero se te acaban deshaciendo y vas despeinada. Tu pelo. Dentro de

ocho años te lo vas a cortar a lo chico. Dentro de ocho años y catorce minutos te vas a arrepentir. Dentro de dieciséis años vas a sufrir un desamor y le vas a decir al peluquero: «Haz lo que quieras». Y lo hará. Dentro de veintidós años —veintidós años, que son más del triple de los años que tienes ahora— te vas a descubrir una cana en la sien. La achacarás a un enero estresante. Quedará oculta bajo tu flequillo. Tendrás flequillo. Tu pelo seguirá pareciendo de un material distinto cuando te metas debajo del agua, como ahora que se esparce en todas direcciones. El sonido exterior se mitiga. Estás en el mundo y no, y eso te gusta.

Cierras los ojos con fuerza, porque odias abrir los ojos debajo del agua. Si los abres, te escuecen por el cloro y no ves nada. Notas las burbujas que salen de tu nariz y buceas hasta donde haces pie. Las puntas de tus dedos rozan los azulejitos del suelo. Tus dedos que son pequeños, pero no: son del tamaño exacto. Sacas la frente. Sacas las orejas. Te detienes a la altura de la barbilla escuchando el silencio total de esta siesta de agosto. Te aburren las siestas. Te aburrirán siempre. Mentira: un día te parecerán el momento perfecto para el sexo. Pero hoy el sexo no existe y te aburren las siestas. Todos están dormidos y ni el aire ni el agua se mueven a tu alrededor. Yo te miro como tú te miras. Observas desde fuera tu cuerpo submarino. Absorta, miras tu mano deformada. Qué extraña es. No llegas con los pies al suelo desde las sillas ni a las perchas aunque estires los brazos. Eres pequeña. Pero cómo vas a ser pequeña si no eres pequeña, si ese es para ti tu tamaño natural. De repente, el sobresalto.

—¡Me cagüen el copote santo y adoraos! ¡Mira que os tengo dicho que a la hora de la siesta no os bañéis!

La abuela. La abuela descalza y sin gafas agitando su mano en lo alto de la escalera. Como si no lo supieras. Parece mentira que no te hayas preocupado al menos de no hacer ruido.

—¡Pero abuela, que ya sé nadar!

—¡Ni sé nadar ni sé nadar! ¿Y el niño?

—¡Y yo qué sé!

—¡Sal ahora mismo de ahí! Y que no te vuelva yo a ver tirarte al agua a la hora de la siesta.

Se da media vuelta y se va. El niño, el niño. El satélite gorriero, lo llama. Qué culpa tienes tú de que el niño tenga apenas un año. Sales del agua, subes las escaleras. Y qué tiene que ver el niño con que te bañes a la hora de la siesta. Pisas varias veces en cada escalón para dejar huellas de agua, como en *101 Dálmatas*. Qué culpa tienes tú de ser la mayor. Culpa, ninguna. Estás cansada ya de ser la mayor y solo tienes siete años. Para lo responsable que eres, qué poco te gusta la responsabilidad. La que no has elegido tú, al menos. Si pudiera avisarte. Si pudiera decirte: Ve haciéndote a la idea, porque vas a ser la mayor siempre. También dentro de ocho años, cuando te cortes el pelo —ay, si alguien mayor que tú te hubiera dicho que no era buena idea—, y dentro de dieciséis, cuando llores contra la almohada —si alguien te hubiera explicado—, y dentro de veintidós, cuando te salga una cana —ese enero en que sabes que estás sola—, vas a seguir siendo la hermana mayor.

Entras al salón chorreando y la abuela riñe a tu prima muy bajito, porque también ha perdido de vista al niño. Tu prima te mira como diciendo «mira que eres tonta» y la abuela sigue su mirada hasta el umbral de la puerta y se posa en ti:

—¡No entres aquí mojada!

Lo grita bajito. Cuando está contenta eleva la voz y cuando está enfadada se contiene. Al revés que papá. Sales al porche y te quedas de pie. Te secas rápido, pero eres impaciente. Aún con gotitas de agua por el cuerpo te cueles en la cocina a por un yogur de fresa. Los mayores se van despertando. Ellos llegan a los yogures sin taburete. La merienda. Atraviesas el revuelo de gente que cruza el salón en busca de una cucharita o de una raja de melón. La abuela se acerca sonriendo, te agarra la cabeza con las manos y te planta un beso en la frente.

—¡Qué tunanta estás hecha, madre mía!

Vives ajena a todo, nos das envidia. Vives en tus pies pequeños y en tu pelo liso y en el salto que das para tirarte al agua, y la abuela, ay, la abuela abriendo un ojo en mitad de la siesta,

escuchando el golpe de tu cuerpo contra el agua, sin saber si eres tú —con tus pies y tus manos y tus piernas y brazos en su tamaño exacto— la que se está tirando a la piscina. La abuela preguntándose cuál de todos sus descendientes está ahora en el agua. ¿Se ha caído o se ha tirado? ¿Es de los que saben nadar o de los que no saben? La abuela levantándose de un salto, atravesando el salón como una flecha y encontrándose tu cara feliz dentro de la piscina. La abuela que se enfada y se alivia, y tú ajena a todo menos al agua, al sol, al yogur de fresa que ya te has terminado y que le das a la abuela sucio y vacío a cambio de su beso para ir otra vez camino del agua.

—¡Ay!

—¡Para!

—¡Dámelo!

—Espera.

Hace apenas cinco días Simba y tú os disputáis una cinta de cassette. Forcejeáis por encima del niño que, sentado en su sillita para el coche, duerme ya babeándose el hombro. «Espera», le dices. Miras a papá fijamente. Lo señalas con los ojos. Mamá corrobora tu indicación:

—En cuanto estemos en la autopista ponemos la música, diez minutitos y la pongo. ¿Queréis agua?

No queréis agua.

—¿Queréis una galleta?

Tampoco. Queréis la música.

—Bueno, vale. Una galleta, sí.

Llegar al Huerto es complicado. Mamá rebusca en una bolsa grande que lleva a los pies, pero papá la interrumpe. Papá conduce con la espalda recta, pone el brazo en el asiento del copiloto para dar marcha atrás, se incorpora con velocidad a las autopistas. Papá conduce como todos los padres, pero tú no lo sabes, porque solo has visto conducir al tuyo.

—A ver, por favor, vamos a centrarnos. Dime qué salida es.

—Todavía queda un rato...

—Pero ve atenta, que aquí me lío siempre.

Papá conduce pero mamá dirige. Papá levanta la mano derecha del volante y señala a la carretera y a los carteles azules de la autopista como si fueran culpables de algo. Mamá se yergue, abandonando su búsqueda, y pone intencionalmente su mirada en la carretera.

—Ve poniéndote en el carril derecho, si quieres.

Simba y tú os miráis y os decís con la mirada: no va a haber galletas, tampoco. Papá pone el intermitente e intenta cambiar de carril, pero pasan muchos coches.

—¡Es que encima no veo, coño!

No ve por el retrovisor porque lleváis el maletero hasta arriba. El verano es muy largo. Mamá le pone una mano en el hombro. Tú suspiras y miras por la ventana. Simba adopta una estrategia más radical. Se desabrocha el cinturón y empieza a dar golpes en el respaldo del asiento del conductor.

—¡Quiero la mona! ¡Quiero la mona! ¡Quiero la mona!

Con sus gritos el niño se despierta, escupe el chupete que sale lanzado al suelo y se echa a llorar. Simba no cesa —«¡Quiero la mona!»—, tú los miras. Tus dos coletas, tu camiseta de Mickey, tus zapatillas apoyadas en la mochila que llevas a los pies.

—¡Joder, es que así no hay quien conduzca!

Mamá se desabrocha el cinturón y se da la vuelta. Le abrocha el cinturón a Simba y le dice: «Ponemos la música si te portas bien». Simba no se calla. Papá grita al volante que no gritéis. «¡Yo no estoy gritando!», gritas tú. Mamá tantea el suelo y al fin encuentra el chupete. Se lo mete en la boca para limpiarlo. Se lo pone al niño, que se calla también. Te mira: «Dame la cinta». No sabes que Rosa León es una señora. Cuando lo lees en la carátula del cassette siempre te imaginas una rosa y un león. Mamá se gira y pone la música. Cuando comienza a sonar «La mona Jacinta» Simba se calla, al fin. Simba canta: «La mona Jacinta / se ha puesto una cinta / se peina, se peina / quiere ser reina». Luego cantáis las dos: «Ay, no te rías / de sus monerías / de sus monerías». Papá se ha pasado la

salida de la autopista. «No pasa nada, cogemos la siguiente», dice mamá. «¡Me hago pis!», dice Simba. «¡Yo también un poco!», dices tú. «Y tú ofreciéndoles agua», le reprocha papá a mamá. Mamá está a punto de enfadarse, pero no lo hace. El universo implosiona si mamá se enfada. Enfadarse es el papel de papá.

Cuando os quedáis los tres dormidos papá pisa el acelerador con contención y con premura. Es un pequeño milagro que hay que aprovechar. Mamá se come ella una galleta María.

Duermes con la frente apoyada contra la ventana, y tras el cristal pasan campos secos, amarillos y calurosos, algunas estaciones de servicio, gasolineras, un motel con la silueta de una chica dibujada en neón rosa y con la M de motel apagada. No lo ves, porque vas dormida, pero si lo hubieras visto la chica te habría recordado a las Barbies de Simba. Habrías pensado que solo pone *otel*, y que se escribe sin hache. Pasan los atascos y las salidas que hay que tomar, pasa la cinta completa de Rosa León, pasan los kilómetros y desciende el tanque de la gasolina.

Se despierta primero el niño y sus movimientos os despiertan a vosotras. Se te ha deshecho la coleta derecha. Miras a tu alrededor y parece que hubiera pasado algo más que los kilómetros. Papá, visiblemente contento, extiende su brazo derecho hacia atrás. Ponéis alternativamente vuestras manos, tan pequeñas, en su mano cóncava, y papá adivina de quién es cada mano. Lo adivina siempre. Papá, que vuelve de trabajar por la noche, pone el puño sobre tu frente y cierra los ojos. Papá que adivina lo que has comido ese día. El retrovisor. El menú escolar colgado con un imán en la puerta de la nevera. Papá que lo sabe todo. Sabe ya, incluso, cómo llegar.

—¿Queda mucho?

—Quedan diez minutos.

Mamá también está contenta. Baja la ventanilla y se pone las gafas de sol. Mamá que va a ver a su propia mamá. Hace apenas cinco días. «¿Podemos bañarnos nada más llegar?», «¿Y beber Trina?», «Y nos vamos a acostar tarde, ¿no?». Podéis

hacerlo todo. Algo ha pasado, además de los kilómetros y las estaciones de servicio. Papá y mamá abandonando la ciudad y las obligaciones, entregándole su prole a los abuelos, papá en bañador haciendo el tonto sobre el trampolín, mamá echándose una siesta de tres horas en el sofá reclinable del abuelo, la cinta de cassette que empieza por quinta vez en bucle cuando aparece ante vosotros la cancela de la entrada del Huerto.

—¡Abuela, vamos a por coques!

Das órdenes como si el mundo te perteneciese, como si el mundo terminase en la cancela de la entrada. ¿Y no te pertenece, acaso? ¿Hay algo más? Hay algo más. Lo sabes porque a veces se cuele por la tele. Hoy, por ejemplo. Estás desayunando en el taburete alto un Cola Cao con muchos grumos y tostadas blanditas. No hay tostador en el Huerto y la abuela te las hace en la sartén. El salón es tuyo; te gusta levantarte pronto porque el salón es tuyo. Solo estás con la abuela, que hace gazpacho en la cocina. Aún no lo sabes, ahora solo miras fijamente a Oliver y Benji mientras masticas. Pero un día vas a creer que el amor es eso: compartir un espacio haciendo cosas distintas. Cómo vas a saberlo ahora, si eres puro pelo despeinado y esa camiseta que te queda grande y las bragas contra la madera del taburete. Pero un día lo crearás: dos soledades en un mismo espacio. Ella corta tomates y tú ves los dibujos y al cabo de un rato llega tu prima. ¿Te gusta esa ruptura de tu soledad? No lo vas a saber nunca. Te lo digo con ternura, no es una amenaza. Nunca lo vas a saber. Dentro de ocho años y de diez y de doce, tantos viernes sin saber si quieres salir o quedarte en casa, si pijama o pintalabios, si amigos o libro. Esa relación extraña que tienes con la soledad y que con veinte años te va a parecer nueva, porque de ti depende organizar tu vida social. Pero no es nueva, se remonta a esta mañana en el Huerto en que quieres el salón para ti y también hablar con otra gente. Estás entre tu necesidad de soledad y tu afán comunicativo, y ahí seguirás estando. Serás una equilibrista. Una acróbata.